



REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR
D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

COLABORADORES.

Asensi (D.^a Julia).
G.^a Balmaseda (D.^a Joaquina).
Gassó y Ortiz (D.^a Blanca).
Gimeno (D.^a María de la Concepcion).
Grassi (D.^a Angela).
Sinues (D.^a María del Pilar).

Alfaro (D. Manuel Ibo).
Ballester (D. Guillermo).
Barrera (D. Pedro).
Campoamor (D. Ramon).
Castillo y Soriano (D. José).

Castillo y Alba (D. Enrique).
García Santisteban (D. Rafael).
Hartzenbusch (D. Juan Eugenio).
Henao y Muñoz (D. Manuel).
Hurtado (D. Antonio).
Rafael Monroy y Belmonte.

La correspondencia se dirigirá á los Editores GONZALEZ y BALARI, Silva, 12, Madrid

CUATRO PALABRAS SOBRE MITOLOGÍA

Á LOS NIÑOS.

(Conclusion.)

Las almas que iban á los Campos Elíseos, pasaban, después de algunos años, á vivir de nuevo en el mundo; pero antes bebían en el Lete, que es el río del olvido, para que no recordasen su anterior existencia. Ya veis, niños míos, que según los gentiles, no eran premiados los buenos con goces eterno, pues que al cabo de un determinado número de años volvían á morar en este mundo miserable. ¡Qué diferente es nuestra divina Religión, que promete al justo una felicidad eterna!

Á Pluton se le suele representar como un rey muy grave, sentado en su trono, con una corona de oro, conociéndosele también con los nombres de Arco, Fébruo y Urgo. Pero como rey, había de tener algun personaje que le ayudara á llevar las riendas de su triste Estado, y al efecto tenía al mi-

nistro Pluto, dios de la riqueza, siendo hijo de Ceres y de Jusion, para manifestar que la agricultura es la madre y origen de toda riqueza. Este ministro fué tan imprudente y descarado, que le dijo á Júpiter, dios de los dioses, que sólo favorecía á la virtud, por lo que Júpiter le privó del hermoso sentido de la vision, para que, ciego, no pudiese discernir la virtud del vicio. Esto nos enseña, niños míos, que hay ciertas cosas que aunque se entiendan no deben decirse, máxime tratándose de nuestros superiores, pues es fácil que, enojados de nuestra osadía y abusando de su poder sobre nosotros, nos impongan un severo castigo, como al desgraciado que nos ocupa.

Ahora, para concluir de daros una reseña cumplida del reino del Infierno, y en premio á vuestra indulgencia por haberme dejado referir *tales cosas*, voy á hablaros de ciertos castigos impuestos á algunos delinquentes, pues han llegado á ser proverbiales.

Entrando en aquellos lóbregos subterráneos, veremos al infeliz *Tántalo*, el cual padece eterna hambre y sed, á pesar de hallarse metido en un lago cuyas frescas y puras aguas se retiran de sus labios cuando á ellas los acerca, y sobre cuya cabeza cuelgan ramas con abundante y sazónada fruta, que se elevan á gran altura cuando sus manos quieren asirlas. Muchas son las causas que por este castigo se le atribuyen, pero entre todas parece la más adoptada el haber robado de la mesa de los dioses la *ambrosía*, que era su alimento, y el néctar, su bebida. De seguro que vosotros direis fué muy duro el castigo para este desdichado; pero habeis de tener en cuenta, niños inocentes, que con aquellos alimentos se conservaban siempre jóvenes y adquirirían la inmortalidad. ¡Qué dioses, que necesitan comer y beber para no morir!

Pero fijad vuestra voluble atención en el castigo de *Tántalo*, y vereis como es una explícita representación del avaro, que no disfruta de lo que tiene y cuyo deseo no se aplaca jamás.

Otro de los tormentos es el de *Sísifo*, el cual por ser salteador de caminos, ladrón y asesino, fué condenado á subir á un monte un gran peñasco, que apenas llega á la cumbre cae rápidamente al pié de la cuesta, y el condenado se ve otra vez en la precisión de emprender de nuevo su inútil y penosa tarea; por eso se dice de un trabajo que se hace muchas veces sin alcanzar resultado, que es el de *Sísifo*.

Si nos internamos un poco más en aquellos *tórridos lugares*, encontraremos al desgraciado *Ixion* atado á una rueda de serpientes que da vueltas sin cesar; su delito fué haber muerto á su suegro, y habiéndole perdonado Júpiter, pagó esta generosidad del dios de los dioses enamorándose de Juno, hermana de aquél, siendo condenado el ingrato al referido castigo.

Por último, es también muy nombrado el castigo de las *Danaídas*, que eran cincuenta hijas del rey de Egipto: un hermano suyo, *que también tenía cincuenta hijos*, quiso casarlos con sus primas; pero no siendo gustoso su padre Danaos ni ellas tampoco en tal enlace, y no atreviéndose á rehusarlo por temor, se desposaron; pero aquella noche murieron sus maridos y ellas escaparon á Argos. Una sola, llamada *Hipermes-*

tra, se exceptuó de cometer tan horrendo crimen, por el que están, las que lo verificaron, condenadas á llenar de agua una cuba que no tiene fondo; por lo cual se dice de un trabajo estéril é inacabable, que es el de las *Danaídas*.



Tormento de Sísifo.

Esto es, amables niños, lo que la Mitología cuenta del reino del Infierno: no cesaré de repetir lo que al principio de estos mal aliñados renglones os dije: la Mitología no es otra cosa que una religión fundada en suposiciones tan quiméricas como tontas y extravagantes; por lo tanto, nada de lo que dice debe creerse. Para que acabeis de tener, niños míos, una pequeña idea de la ridícula religión de algunos pueblos paganos, básteos saber que tenían tal profusión de dioses, que hasta las plantas más insignificantes eran adoradas, cuyo motivo dió lugar á las célebres frases: «¡Oh santas gentes á quienes los dioses les nacen en los huertos!»

No, hijos míos, no; sólo hay un Dios que todo lo gobierna, siendo imposible que haya más, pues en aquel instante dejarían de serlo todos; nada más existe Aquel Sér Supremo que desde el principio de los tiempos dirige sabiamente la gran rueda del universo. Adorémos, pues, niños hermosos, á ese Dios Omnipotente que tan bueno es; amémosle de corazón y ofrezcámosle todo nuestro ser, pues que suyo es, para que, *alimentándonos con la ambrosía de su divina gracia, no envejecamos en el camino de la culpa, y dándonos á beber aquel néctar de agua viva que ofreció á la Samaritana*, vivamos eternamente en las santas mansiones en que habitan los justos.

ÁNGEL SATUÉ PÉREZ.

LA FELICIDAD

Hijo del hombre, vivir
Es lo mismo que llorar;
Dar tregua al llanto, es dormir;
Ser dichoso, eso es soñar.

Arolas.

¿Dónde te hallas, voluptuosa sultana, que llevas sobre tí las armonías de tus serrallos, bella hurí que te engalanas con las flores de tu haren, diosa deslumbradora, maga encantadora? ¿do vas? ¿por qué huyes?

Te busca la infancia, la adolescencia, la senectud: ni la nieve de los años apaga en el corazón del anciano decrepito el deseo de poseerte.

Todos queremos guardarte en nuestro seno, cual guardaban las Nereidas los tesoros del Océano.

Todos te anhelamos con el ardor que anhela la sedienta caravana á la benéfica nube que le ofrece la lluvia consoladora.

Pero ¡ay! Gastamos nuestra existencia corriendo desalados con los brazos abiertos hácia tí, y no estrechamos nada.

¿Eres vana quimera, sueño de hadas, fantástica vision, vagoroso celaje, sombra indecisa envuelta en aéreo cendal, ó eres realidad? ¿Qué eres?

Tierna compañera de nuestras horas de alegría, apareces brindándonos sonrisas inefables.

Fiel amiga, amiga de nuestros momentos de ventura, te muestras plácida y cariñosa, haciéndonos saborear un néctar más dulce que la ambrosía ofrecida por la ninfa Hebe á los dioses del Olimpo.

Mas ¡ah! ¡Cuán grande es tu inconstancia, misteriosa deidad, ondina juguetona, sílfide caprichosa!

En las noches lúgubres de insomnios nos abandonas criminalmente, y si rasgas las gasas que te velan, es sólo para humillarnos con tu altivez al alzar te soberbia sobre el fúlgido solio de tu flotante alcázar.

En tu rápida fuga sueles regalarnos una sonrisa; pero es la sonrisa irónica y mordaz del sarcasmo, es el triunfo de nuestra derrota, pues al partir nos dejas las ilusiones hechas pedazos, y éstos los tiendes sobre la arena, convirtiéndolos en alfombra de tu microscópico y alado pié.

¿Qué huellas deja el estío de su pasado encantador? Ninguna.

El árbol queda desnudo, el vergel sin flores, la brisa sin perfumes, ¿y tú qué dejas?

La soledad, el vacío, la aridez y un desencanto que nos hiela, que marchita nuestro corazón, cual troncha el mortífero soplo del simoun al inocente lirio que erguía su corola en el oasis africano.

¡Oh! ¡Por qué adherirnos á la felicidad, si tan efímera, si tan pasajera es!

Nos ilumina un momento, y pronto nos sepulta en crepúsculo umbrío; porque la felicidad es una esencia que se evapora, huye veloz cual la carroza de una divinidad en alas de los vientos, se desvanece con la rapidez de la estela surcada en el mar por la velera nave.

¿Queréis conocer una bellísima imagen de la felicidad? Escuchad al inspirado y tierno poeta José Selgas, en las siguientes décimas:

«Vagamente dibujada
la encuentra el alma indecisa
en el bien de una sonrisa,
en la luz de una mirada,
en toda dicha esperada,
en la que pasó importuna,
en la gloria, en la fortuna,
en lo cierto, en lo imposible,
en todas partes visible
y no se alcanza en ninguna.

Nube azul, blanca y ligera
que los sentidos engaña,
y tras de cada montaña
parece que nos espera.
En impetuosa carrera
el hombre á cogerla va,
llega... se fué... síguela...
piensa asirla á cada instante;
la nube siempre delante,
pero siempre más allá.»

Mariposa de bellos cambiantes, la felicidad es versátil, veleidosa, cual ella; mas

aunque su volubilidad no fuera tan grande, nos sería difícil, imposible, ser dichosos.

Para llegar al pináculo de la dicha es preciso subir una escalera cuyos peldaños no se acaban nunca. ¿Sabeis cuál es esa escalera?

Nuestra ambición.

El opulento, el que disfruta goces halagadores en el suntuoso palacio que sus riquezas le proporcionan, no creais que es completamente feliz: siempre falta algo á su ventura; pues como ha dicho un hombre

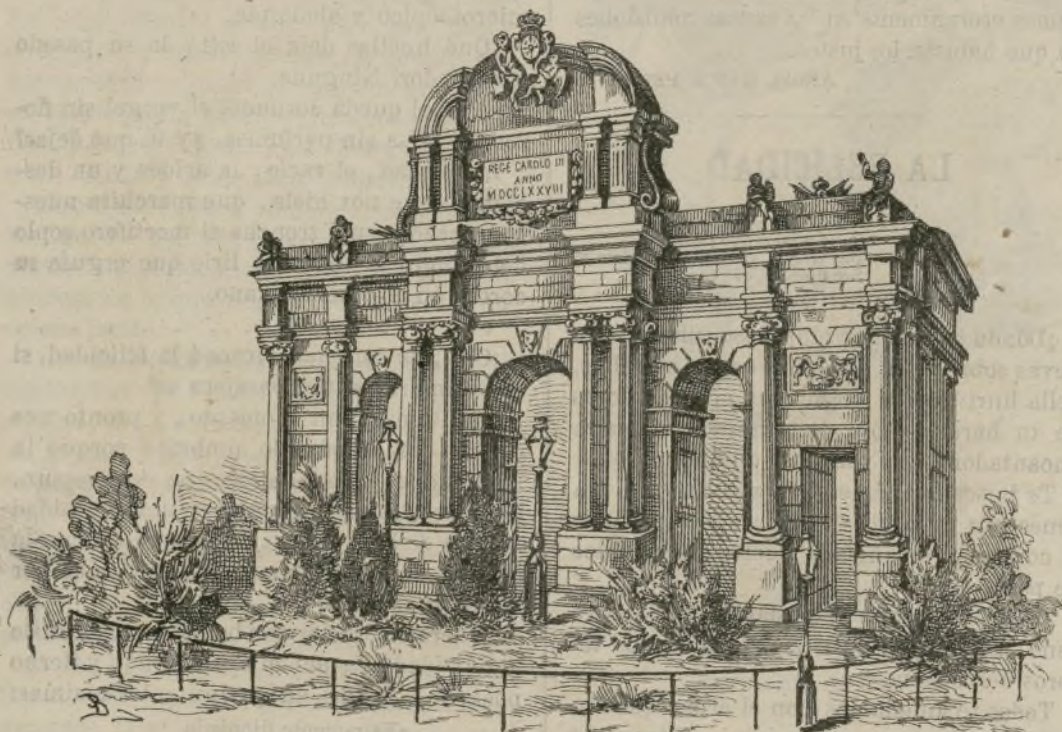
muy eminente, «por más que suba el que se halla sobre las alas de la fortuna, la felicidad está siempre más arriba.»

Los bienes materiales no pueden constituir la felicidad.

Creedme: el hastío es la desdicha de los afortunados.

La sociedad se engaña frecuentemente al apellidar felices á los que rien.

¡Cuántas veces puede sorprender el observador más lágrimas en una carcajada que un raudal de llanto!



Puerta de Alcalá, en Madrid. (Pág. 102.)

El agua está serena encima de la catarata, y muy turbada y revuelta en el fondo.

Hay ojos que sonrien y labios que lloran.

Una sonrisa forzada es una lágrima en los labios.

También se vierten lágrimas en la ventura cual en la pena; pero las lágrimas que hacen verter la dicha, son la extrema sonrisa del placer.

Hay sonrisas amargas cual las aguas del río Aguereonte, frías como la hoja de un puñal, fúnebres como la mirada de un moribundo.

El hombre que rie mucho es un desesperado que quiere aturdirse y engañar á los que le rodean.

Para no quedar aislados es preciso fingir ventura.

Todos temen al infortunio como á peste contagiosa.

Teniendo la cadena de la vida pocos eslabones de dichas y muchos de pesares, rara vez hay motivo de alegría; pero ¿qué importa? Es preciso reir.

La risa es la pantalla, la máscara del dolor.

Nuestro tirano inflexible, el amor propio, nos hace ocultar muchas veces una nube de lágrimas tras un diluvio de sonrisas perfectamente dibujadas.

Renunciemos á la felicidad de esta vida, y vivamos de esperanza hácia la otra, hácia un mundo mejor.

Es más bella, tiene encantos más indescriptibles la esperanza que la posesion.

Muchas veces al tocar la meta de un vehemente deseo, nos encontramos con una realidad que no es más que un feo esqueleto

embellecido con el deslumbrador ropaje que le presta la imaginación.

Los poetas, esos seres privilegiados, cuyo genio poderoso les permite poetizar hasta lo más vulgar, han hecho notables apologías, brillantes hipotíposis de la felicidad; mas á pesar de verla siempre, jamás la han alcanzado.

Con el cántico en los labios y la tormenta de las pasiones en el alma, solos con la lira y el laud vagan errantes buscando un ideal sublime, y tropiezan á cada paso con



..... miro en seguida al desdichado bicho.... (Pág. 104.)

un mezquino desencanto que les aterra, que les hiere con saña impía.

No queramos cruzar los mares procelosos de la vida en la góndola del placer, pues es tan frágil, que un viento contrario puede estrellarla contra la más dura roca.

Somos flores que nacemos hoy para agostarnos mañana, y en el corto espacio de esta parodia del vivir que llaman existencia, el rocío nos acaricia una hora solamente, siendo azotadas por el huracán, marchitas por el sol y arrastradas por el furioso vendabal durante las demás horas.

Á nuestra débil naturaleza no le conviene un perpétuo estado de felicidad, porque la saciedad nos haría insensibles á ella.

La felicidad es un ópio: en poca cantidad fortalece, pero en gran dosis aniquila, envenena.

El hilo de la vida se aflojaría, dice Pitágoras, si no estuviera mojado con algunas lágrimas.

Para vivir más tranquilos no debemos consultar á nuestro corazón en las épocas de amargura, pues es un cronómetro tan inexacto, que nos marca lentas é intermina-

bles las horas del dolor y muy breves las gratas y placenteras.

El infortunio puede sernos útil si hacemos de él un precioso escabel que nos acerque al cielo.

El tiempo de la adversidad es la estación de la virtud. El alma no puede sustentarse con las felicidades de este mundo, felicidades miseras y pequeñas que siempre compra demasiado caras.

Por eso cuando está agitada el alma y cansada de las luchas y decepciones, suspira por su etérea mansión, no puede soportar el ostracismo de esta vida expiatoria; muertos sus deseos terrenales, la única aspiración que alimenta es remontarse á su patria celestial, al empero de los espíritus puros.

La felicidad suprema, la absoluta, la verdadera, buscadla en regiones más elevadas, guiados por la antorcha de la fe, pues en este erial no la encontrareis.

Lo finito no puede estrechar en sus redes á lo inmortal.

MARÍA DE LA CONCEPCION GIMENO.

PUERTA DE ALCALÁ DE MADRID

Á fin de dar una idea á nuestros lectores de los monumentos notables de España, comenzamos hoy por la publicación del arco triunfal conocido con el nombre de Puerta de Alcalá de Madrid.

Es una obra arquitectónica que recuerda los mejores tiempos de la célebre Roma en la antigüedad, y precisamente en este año se cumple un siglo de su existencia, pues fué construida por el arquitecto Sabatini en 1778, reinando Carlos III, monarca que tanto impulso dió á las artes, que contaron en su época con arquitectos como D. Ventura Rodríguez y Villanueva, autor del Museo de Pintura y Escultura.

BIBLIOTECAS (1)

No hay mejor gasto que el que se hace en libros.

Elogiando Sabatier De Castres el número incalculable de obras literarias que van viendo la luz pública, decía: "La prodigiosa multitud de libros ha llegado á tal punto, que no sólo es imposible leerlos todos, sino hasta saber su número y sus títulos." "Fuera imposible leer todos

(1) REMITIDO.

los libros existentes (dijo un autor del siglo XVIII) aún cuando uno tuviese la conformación que da Mahoma á los habitantes de su paraíso, es decir, aunque uno tuviera setenta mil cabezas y en cada cabeza setenta mil bocas, y en cada boca setenta mil lenguas y cada lengua hablase setenta mil idiomas distintos. Esa multiplicidad de libros hace que muchos cobren afición á la lectura; esa multiplicidad es el único medio de evitar la pérdida ó la destrucción de obras, inventos y nociones importantes; ella es la que preserva á los libros de las injurias del tiempo; á esa multiplicidad, en fin, somos deudores de que hasta nosotros hayan llegado algunas obras importantes al través de los largos intervalos de ignorancia y oscuridad." y Buri, obispo de Durham, escribía: "Los libros son maestros que nos instruyen sin azotes ni palmetas. Cuando se les llama no se hacen el sordo y desentendido, y cuando se les busca no se esconden; no vienen á zaherirnos por nuestros yerros ni á exarcararnos si no sabemos." Ahora bien; si tan positivas ventajas nos reportan; si utilidades tantas y tan seguras nos proporcionan; si, por decirlo de una vez, ellos son los fieles depositarios de los descubrimientos de ayer, de lo adelantado de hoy y de lo que se inventará mañana, claro está que no hay mejor gasto que el que se hace en ellos." Es muy plausible, decía el español Séneca, el gasto que se hace en libros; pero en esto debe haber moderación; porque ¿de qué sirven á un hombre innumerales volúmenes si apenas lee ó sabe leer sus títulos? Efectivamente, muchos hay que sólo los adquieren para hujó

y ornato de sus habitaciones, y para hacer ver ¡jilosas! que son unos consumados literatos. De uno de estos burlabase Ausonio, con el siguiente epigrama.

“Porque ayer adquiriste unos volúmenes
Y arreglaste una hermosa biblioteca,
Amante de las musas, ¿sin más que eso,
De docto y de gramático te precias?
Si a ese paso se aprende, conjurar debes
Plectros y liras, cítaras y cuerdas,
Y si hoy no sabes música, mañana
Ni Apolo que te iguale en tocar piezas.”

Bibliomaniaco, considerad detenidamente la sal y pimienta de los prudentes versos; aunque bien poco hacen discurrir para conocer con qué fin han de adquirirse los libros, y cuando el que los maneja podrá llamarse sabio. Haced de ellos acopio, pero con medida; y por más que almacenéis y orgulleis los estantes en tallados estantes de caoba y cedro, no os vanagloriéis de haber descubierto el movimiento continuo y demostrado la cuadratura del círculo, si no os sirven más que de adornos. A fin de que los adquiráis para el elevado y digno objeto con que sus autores los escribieron, voy a citar los hombres y naciones que primero adquirieron este tesoro para instruirse.

La más antigua biblioteca de cuantas la historia conserva gratisimos recuerdos, es la que fundó el rey Cosmiandus en Egipto, según refiere el alobre Diodoro, a la que, franca a todo el mundo, acudían multitud de propios y extraños, cual solícitas abejas, a libar el dulce néctar que encerraban sus páginas divinas. En el cincelado frontispicio marmóreo del palacio donde se guardaban, leíanse en gruesos caracteres estas

palabras: “Oficina médica del alma.”; Epigrafe digno!; adecuado título!; Nadie hubiera podido dar más propicio nombre! Una buena biblioteca, es, efectivamente, la mejor oficina para curar las enfermedades del espíritu: en ella se calman los pasares, se dulcifican las penas, se apagan las pasiones, se olvidan los resentimientos, se halla, en fin, una mina inexplorable de ricos placeres. Por tener tan buen juicio formado de los libros, se dice también del docto Sinistrato que erigió en Atenas la primera biblioteca de bellas artes, tan rica y tan amena, que raro era el día que no se veía honrada de eminentes sabios e ilustres personajes. Bien merece citarse en otro número como digna de todo elogio, la conducta que con ella observó Torjes al apoderarse de aquella capital celebrada de Grecia.

JUAN CRUZ BUSTO.

AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

V

De como el baron hacía favores á tiros.

De todos los veranos que en mi vida recuerdo, por haber sudado el quilo, uno no se me olvida, porque otro no se ve por el estilo. Era un verano tal, que si no baja aquel calor que hacía, nos morimos. En fin, señores, muchos casos vimos de incendiarse el botijo y la tinaja. Pues bien; por aquel tiempo, una mañana muy tempranito abandoné mi lecho, y ¡la costumbre!... caminé derecho a una selva cercana entre clara y oscura, porque yo no reparo, pues lo mismo en lo oscuro que en lo claro, me encuentro a lo mejor una aventura. Llevaba mi escopeta por costumbre: el sol lanzaba su ardorosa lumbre; las aves no cantaban: aquel día los pájaros se asaban. Yo, que salí con mi morrion de pelo, que por ser el que usó mi bisabuelo y querer yo bastante al pobrecito es prenda que en mi vida me la quito,

iba con un calor insoportable;
pero yo sufro todos los rigores
de frios y calores,
porque mi resistencia es envidiable.
Iba, pues, caminando, caminando,
cuando á lo lejos divisé parada
una zorra en un árbol apoyada,
con la lengua de fuera y jadeando.
Es natural; la piel y aquella cola
la abrigaban de un modo extraordinario;
sudaba la infeliz como ella sola...
Me dió lástima, y dije: —¡Qué canario!
Pobre animal, á ver si mi escopeta
la hace un favor, con tal que se esté quieta.
Tuve una idea buena, y dije: —¡Bravo!
esto se llama genio é inventiva...
Y cargué mi escopeta con un clavo
por bala, punta arriba.
Apunto, tiro, suena un ruido bronco;
miro en seguida al desdichado bicho
y le encuentro en el árbol susodicho
con la cola clavada sobre el tronco.
Entonces me acerqué, saqué el cuchillo
de monte que llevaba,
y por procedimiento bien sencillo,
del que yo me acordaba,
le hice sencillamente
unos cortes en cruz sobre la frente.
El animal al verse así cogido
y al verme á mí de cerca, ya asustado
se encogió de repente, dió un quejido,
hizo un esfuerzo muy desesperado,
la piel fué dilatando la abertura,
y en cuanto tuvo ya bastante anchura
salió la zorra limpia y sin pellejo,
corriendo más ligera que un conejo.
Y yo decía entonces: —Vaya un susto
que ha debido llevar; pero sudaba
con la piel y se ahogaba,
y ahora va tan fresquita y tan á gusto.

* * *

Para enaltecer en todo lo posible
el inmenso valor del amor pater-
nal, que muchas veces suelen olvidar
los hijos, y estimular el cariño de éstos
para con aquellos seres que les dieron
vida, publicamos con verdadero placer el
bellísimo soneto de uno de nuestros me-
jores poetas.

LOS PADRES Y LOS HIJOS.

DOLORA.

Un enjambre de pájaros, metidos
en jaula de metal, guardó un cabrero,
y á cuidar los volo desde el otero
la pareja de padres afligidos.



—“Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
sus hijos á cuidar con tal esmero,
ver cómo cuidan á sus padres quiero
los hijos por amor agradecidos.”
Deja entre redes la pareja envuelta;
la puerta abre el pastor del duro alambre;
cierra á los padres y á los hijos suelta.
Huyó de los hijuelos el enjambre,
y como en vano se esperó su vuelta,
mató á los padres el dolor... y el hambre!

RAMON DE CAMPOAMOR.

CHARADA

De tu primera segunda
dos y una por favor
mi prima segunda prima,
porque voy de recepcion.

Solucion al acertijo del número 12:

MAÑANA.

MADRID: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12